



# La alegría de la palabra



No. 2  
31 de agosto de 2023

# 1. Por si tenías duda...



## JUNTAS PERO NO REVUELTAS

¿Por qué no es correcto escribir que el pájaro se posó *alado* de la ventana? Porque, aunque el pájaro es un ser con alas, es decir, *alado* (como los angelitos o las abejas), cuando quieras decir que alguien o algo se encuentra junto a una persona o cosa, tendrás que escribirlo por separado: *al lado*.

Para que no te confundas, el adjetivo *alado* tiene algunos significados, pero antes de decirte cuáles son, te recuerdo que los adjetivos pueden ir en femenino o en masculino, así como en singular o en plural (por ejemplo: 'pequeño' o 'pequeña', 'altas' o 'altos', 'linda' o 'lindo', etc.).

Ahora sí, ¿qué quiere decir **alado**?

1. Que tiene alas. (El caballo *alado* es un ser mitológico. / Las hadas son criaturas *aladas*.)
2. Ligerero, veloz. (Vi pasar a la joven corriendo, como *alada*. Me pareció que tenía alas.)
3. De forma de ala. (Por mi cumpleaños, Ernesto me regaló dos hermosos broches *alados*.)

A diferencia de *alado*, **al lado** quiere decir que algo se encuentra a poca distancia o en un lugar inmediato o contiguo: En clase de inglés me gusta sentarme *al lado* de María porque me explica lo que no entiendo.

Como ahora ya sabes diferenciar ambos términos, podrás escribir, sin miedo de equivocarte:

Un insecto *alado* se posó *al lado* de mi mano.

Si esto último es cierto, espántalo ya, o podrías perder la concentración para seguir leyendo el hermoso cuento que viene a continuación.



## 2. Conozcamos a nuestros escritores.



JOAQUÍN GALLEGOS LARA fue un novelista y ensayista ecuatoriano que formó parte del movimiento literario llamado 'Realismo social' (del que ya te contaré antes de iniciar la lectura de hoy).

Nació en Guayaquil en 1911 y escribió un puñado de cuentos que se publicaron en la colección *Los que se van*, un libro que reunió los relatos de tres escritores de nuestro país: Joaquín Gallegos Lara, Enrique Gil Gilbert y Demetrio Aguilera Malta. Todos pertenecieron al mencionado realismo social.

En 1946, Gallegos Lara publicó la novela *Las cruces sobre el agua*, un libro fundamental en la narrativa ecuatoriana, inspirado en la masacre de obreros ocurrida en 1922, en la ciudad de Guayaquil.

Después de su muerte se publicaron unos pocos cuentos que habían permanecido inéditos. Entre ellos, el más destacado se titula *La última erranza*.

Además, su compañera de vida, Nela Martínez (la primera diputada ecuatoriana y también escritora), completó y publicó la novela *Los guandos*, que Gallegos Lara no alcanzó a terminar y que apareció como una novela escrita y firmada con ambos nombres.

Su obra *La bruja* sigue esperando ser publicada.

Falleció en Guayaquil en 1947.



### ¿Qué es el realismo social?

Para leer a Gallegos Lara es importante que sepas en qué consiste su propuesta literaria.

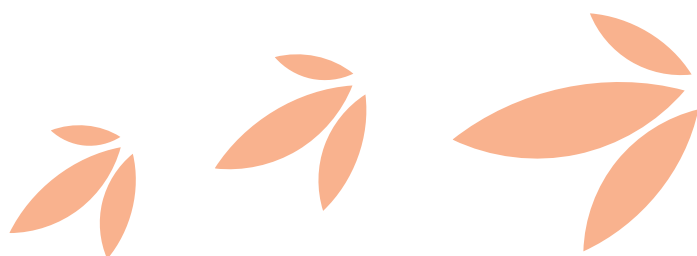
Él y otros escritores de su generación quisieron dar voz a quienes no la tienen; es decir, crearon personajes que mostraban el modo de vida y el trato sufrido por grupos minoritarios y excluidos, como los negros, los mestizos, los montuvios y los indios.

A través de sus narraciones, estos escritores denunciaron la condición de desventaja y pobreza de quienes no habían sido, hasta entonces, protagonistas de las historias.

A los escritores del realismo social ecuatoriano se los conoce como "la generación del 30". Se aventuraron a mezclar el lenguaje literario con las formas del habla común popular.

No te sorprendas si ves, en medio de la lectura, palabras escritas 'tal como suenan', pues eso fue intencional para imitar la pronunciación de la gente del lugar en donde se desarrolla la acción.

Esto rompió las reglas de la escritura tradicional y nos dejó como herencia una serie de obras con gran riqueza cultural, geográfica y humana. Los pobres dejaron de aparecer como 'adorno' del arte y se convirtieron en seres de carne y hueso.





## EL GUARAGUAO (Joaquín Gallegos Lara)

Era una especie de hombre. Huraño, solo: con una escopeta de cargar por la boca un guaraguao.

Un guaraguao de roja cresta, pico férreo, cuello aguarico, grandes uñas y plumaje negro. Del porte de un pavo chico.

Un guaraguao es, naturalmente, un capitán de gallinazos. Es el que huele de más lejos la podredumbre de las bestias muertas para dirigir el enjambre.

Pero este guaraguao iba volando alrededor o posado en el cañón de te escopeta de nuestra especie de hombre.

Cazaban garzas. El hombre las tiraba y el guaraguao volaba y desde media poza las traía en las garras como un gerifalte.

Iban solamente a comprar pólvora y municiones a los pueblos. Y a vender las plumas conseguidas. Allá le decían "Chancho-rengo".

—Ej er diablo er muy pícaro pero siace er Chancho-rengo...

Cuando reunía siquiera dos libras de plumas se las iba a vender a los chinos dueños de pulperías.

Ellos le daban quince o veinte sures por lo que valía lo menos cien.

Chancho—rengo lo sabía. Pero le daba pereza disputar. Además no necesitaba mucho para su vida. Vestía andrajos. Vagaba en el monte.

Era un negro de finas facciones y labios sonrientes que hablaban poco.

Suponíase que había venido de Esmeraldas. Al preguntarle sobre el guaraguao decía:

—Lo recogí de puro fregao... Luei criaio donde chiquito, er nombre ej Arfonso.

—¿Por qué Arfonso?

—Porque así me nació ponesle.

Una vez trajo al pueblo cuatro libras de plumas en vez de dos. Los chinos le dieron cincuenta sures.

Los Sánchez lo vieron entrar con tanta pluma que supusieron que sacaría lo menos doscientos.



Y cuando gastados ya diez de los cincuenta sucres, Chanco-rengo se iba a su monte, lo acecharon.

Era oscuro. Con la escopeta al hombro y en ella parado el guaraguao, caminaba.

No tuvo tiempo de defenderse. Ni de gritar. Los machetes cayeron sobre él de todos lados. Saltó por un lado la escopeta y con ella el guaraguao.

Los asesinos se agacharon sobre el caído. Reían suavemente. Cogieron el fajo de billetes que creían copioso.

De pronto. Serafín, el mayor de los hermanos, chilló:

— ¡Ayayay! ¡Ñaño, me ha picao una lechuza! Pedro, el otro, sintió el aleteo casi en la cara. Algo alado estaba allí. En la sombra. Algo que defendía al muerto.

Tuvieron miedo. Huyeron.

Toda la noche estuvo Chanco-rengo arrojado en la hojarasca. No estaba muerto: se moría.

Nada iguala la crueldad de lo ciego y el machete meneado ciegamente le dejó un mechoncillo de hilachas de vida.

El frío de la madrugada. Una cosa pesaba en su pecho. Movié casi no podía la mano. Tocó algo áspero y entreabrió los ojos.

El alba floreaba de violetas los huecos del follaje que hacía encima un techo.

Le parecía un cuarto. El cuarto de un velorio. Con raras cortinas azules y negras.

Lo que tenía en el pecho era el guaraguao

—Aja eres vos, ¿Arfonso? No... No... me comas... un... hijo... no... musede... ar...padre... loj...otros...

El día acabó de llegar. Cantaron los gallos de monte. Un vuelo de chocotas muy bajo: muchísimas. Otro de chiques, más alto.

Una banda de micos de rama en rama cruzó chillando.

Un gallinazo pasó arribísima.

Debía haber visto.

Empezó a trazar amplios círculos en su vuelo. Apareció otro y comenzó la ronda negra.

Vinieron más. Como moscas. Cerraron los círculos. Cayeron en loopings.



Iniciaron la bajada de la hoja seca. Estaban alegres y lo tenían seguro.

¿Se retardarían cazando nubes?

Uno se posó tímido en la hierba, a poca distancia.

El hombre es temible aún después de muerto.

Grave como un obispo, tendió su cabeza morada. Y vio al guaraguao.

Lo tomaría por un avanzado. Se halló más seguro y adelantóse. Vinieron más y se aproximaron aleteando. Bullicio de los preparativos del banquete.

Y pasó algo extraño.

El guaraguao como gallo en su gallinero atacó, espoleó, atropello. Resentidos se separaron, volando a medias, todos los gallinazos. A cierta distancia parecieron conferenciar: ¡qué egoísta! ¡Lo quería para él sólo!

Encendía la mañana. Todos los intentos fueron rechazados. Un chorro verde de loros pasó metiendo bulla. Los gallinazos volaron cobardemente más lejos.

Al medio día la sangre del cadáver estaba cubierta de moscas y apestaba.

Las heridas, la boca, los ojos, amoratados.

El olor incitaba el apetito de los viudos. Vino otro guaraguao. Alfonso, el de Chancho—rengo, lo esperó, cuadrándose. Sin ring. Sin cancha. No eran ni boxeadores ni gallos. Encarnizadamente pelearon.

Alfonso perdió el ojo derecho pero mató a su enemigo de un espolazo en el cráneo. Y prosiguió espantando a sus congéneres.

Volvió la noche a sentarse sobre la sabana.

Fue así como...Ocho días más tarde encontraron el cadáver de Chancho—rengo. Podrido y con un guaraguao terriblemente flaco —hueso y pluma— muerto a su lado.

Estaba comido de gusanos y de hormigas. No tenía la huella de un solo picotazo.

